

# Ecuadorianos Ilustres

POR

PEDRO FERMIN CEVALLOS

Y

CARTAS INEDITAS HONROSAS  
PARA EL AUTOR



QUITO 1912

—  
IMPRENTA "LA JUVENTUD"



# Ecuadorianos Ilustres

POR

PEDRO FERMIN CEVALLOS

---

REPRODUCCIÓN HECHA POR ERNESTO C. MONGE  
PARA EL CENTENARIO DEL AUTOR

---



IN PRENTA "LA JUVENTUD"

---

QUITO 1912



## Nota Editorial

---

A fin de contribuir de alguna manera á la celebración del Centenario del nacimiento del Señor Doctor Don Pedro Fermín Cevallos, insinué á mi hijo Ernesto, que posee una pequeña imprenta, que reimprimiera algún trabajo literario de este insigne historiador, prefiriendo el menos conocido. Aceptada la idea, se dio á buscar las biografías de ecuatorianos ilustres que sobresalieron en la época de la Colonia, las cuales fueron publicadas en el año de 1861 en EL IRIS; y satisfechas sus diligencias al respecto, ha venido ella a ser una realidad.

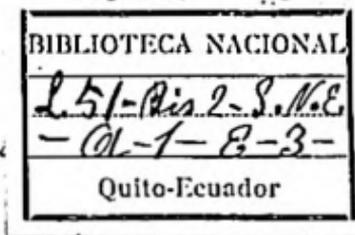
Amenizan la segunda parte de este folleto dos cartas interesantes debidas á la pluma maestra de los doctores Antonio Borrero C. y Juan Benigno Vela, y fragmentos de otras dirigidas por el eminente filólogo colombiano don Rufino José Cuervo, quien mantuvo constante correspondencia epistolar con el primer Director de la Academia Ecuatoriana.

Que esta débil muestra de admiración por el fundador de nuestra historia nacional, sea acogida benévolamente por los amantes de las glorias patrias que anhelan el progreso de la República en el campo de las letras.

Quito, Julio 7 de 1912.

*Peliano Monge.*





## Pedro Fermín Cevallos

---

Hoy que ofuscada de dolor la mente  
Admiración consagró á su memoria,  
Brilla más puro en su procerá frente  
El sacro lauro que segó en la historia.

Ah! sí, porque la muerte no es olvido  
Para el que esclavo del deber, ufano,  
En página inmortal dejó esculpido  
Su amor por el progreso ecuatoriano.

Ajeno de pasiones, la justicia  
De su clásica pluma se apodera,  
Y dando vida á lo pasado, inicia  
Del presente el impulso y lo acelera.

En culta frase con encanto fluye  
El curso de los hechos que relata,  
¡Con qué indecible anhelo restituye  
A la verdad sus fueros, y la acata!

La cátedra y el foro, el periodismo  
Hallaron en su espíritu fecundo,  
Guiada por la luz del patriotismo,  
Ciencia que crea y regenera el mundo.

Hay sombras en su cielo por ventura?  
El soplo de la tumba las ahuyenta;  
Eterno día el horizonte augura,  
Que el disco de su gloria se presenta.

CELIANO MONGE.

---

## JUAN DE VELASCO

---

Los pueblos que no tienen historia son como las plantas de los desiertos, no apuntadas todavía en el registro de las ciencias naturales; plantas que vejetan sin fama, sin distintivo ni siquiera nombre, y que, á diferencia de las sativas y de las ya examinadas y analizadas, ni se sabe para lo que valen ni para lo que podrán valer. Vivificadoras ó dañinas, antídotos ó venenos, ahí se están oscurecidas y olvidadas; ahí donde ni el naturalista puede clasificarlas, ni el químico descomponerlas ni el farmacéutico confeccionar con ellas; ahí donde Dios quiso que brotasen, se desarrollasen y muriesen, pero sin que haya quien diga en dónde, hasta dónde y cuándo.



Del siglo 16<sup>o</sup> para acá, ora propia ó agena, ora objetiva ó incidentalmente, ora romancesca ó fidedigna, no ha habido pueblo, provincia ó comarca que no tenga su historia; y tiénela en efecto los siberios, los tártaros, los beduinos y hasta esos pobres seres, medio hombres, medio monos, que yacen entorpecidos bajo el cielo abrasador del Africa central. Sólo el pueblo que hoy lleva el nombre de *Ecuador*, sucesivamente Tribu, Casicazgo, Reino, Imperio, Presidencia, Sección, Estado y República, no la tenía ni llegó á conocerla sino más de dos y medio siglos después que fue conquistado por Bernalcázar.

Cierto es que los eruditos y anticuarios de los siglos 17<sup>o</sup>, 18<sup>o</sup> y 19<sup>o</sup> conocían algo de la historia de su pueblo por las obras de Acosta, Garcilazo, Gomara y nuestro compatriota el indígena Collahuazo; mas, fuera de que ellas no se contraen al *Reino de Quito* propiamente dicho, según era conocido entonces, las narraciones están limitadas á tal ó cual período de tiempo, á tal ó cual suceso particular; y escasas y poco difundidas como andaban, casi mutiladas y trucas, ni podían satisfacer á los inteligentes ni menos ser conocidas del pueblo, la mayoría de la nación, que para comprender su historia, necesitaba tener una que fuese propia, arreglada y completa. Fuera de lo que había llegado á sus oídos por la tradición, frecuentemente apasionada y novelesca, nada sabía hasta que el presbítero Dn. Juan de Velasco hizo á su

patria el digno obsequio de la *Historia del Reino de Quito*.

Velasco, descendiente de una antigua y noble familia de España, nació en Riobamba en 1727. Su educación, como la mayor parte de los colonos de la Presidencia, la recibió en Quito, en el colegio de San Luis, que corría al cuidado de los regulares de la Compañía de Jesús. A juzgarse por la conducta de Velasco cuando ya desempeñaba los oficios divinos, podemos decir que su vocación por el sacerdocio fue verdadera, pues era mirado como ejemplar de virtudes sacerdotales y como esos pocos que, sin contentarse con predicar y aconsejar, ponen por obra lo que predicán y aconsejan. Su nombradía como hombre instruído en el conocimiento de las ciencias eclesiásticas se mantuvo, además, á la altura á que habían llegado tantísimos otros de los muchos en que abundaba la compañía de Jesús.

La reputación de esta Orden estaba por entonces en el olimpo de la fama, y Velasco, ora seducido por ella, ora por afición ó cariño á sus maestros ú otra causa, prefirió la de San Ignacio, á la cual se incorporó en 1747.

Cuando ya había recibido la potestad de consagrar el pan eucarístico y ungrir á los enfermos, y manifestádose por sus talentos y saber como capaz de dirigir una cátedra, fue mandado para Ibarra á encargarse de la enseñanza de la filosofía en el Colegio de la Compañía de esta ciudad; y parece que desde

entónces, en sus ratos de descanso, comenzó á empaparse en la lectura de cuantas obras se habían escrito acerca de la historia de su patria. Posteriormente rigió otras cátedras y en otros lugares, y se consagró también á la divina misión de domar y catequizar á los infieles.

Para un americano instruído como Velasco, y con las ventajas de poder proporcionarse cuantos libros atesoraba la Compañía, y cuantos manuscritos tenían ordenados muchos de sus correligionarios, principalmente los misioneros, no podía haber lectura más interesante y provechosa que aquella; y Velasco, por la fama bastante difundida de su instrucción, hacía figura, entre sus compatriotas, como un anticuario muy versado, á cuyo saber podía recurrirse muy confiadamente para conocer ó aclarar los sucesos más antiguos.

Poco satisfecho con los conocimientos que poseía y deseoso de perfeccionarlos por sí mismo, arrojóse, como Dn. Pedro Maldonado, á cruzar casi en todas direcciones este nuestro suelo por demás encumbrado ó abatido, con montes cuyas cúpulas se elevan hasta el cielo y simas que horrorizan por su profundidad, con selvas y páramos sin fin, con ríos y torrentes embelezadores ó espantosos; y cuando ya había tocado aquí y allá por seis años continuos, conferenciando con los ancianos entendidos, dirigiendo y recibiendo cartas y consultas, herborizando, recogiendo y examinando las plantas desconocidas, visi-

tando los restos de antiguos monumentos y empapándose más y más en las lenguas de los Quitus, Shiris é Incas; paróse en medio de estas nobles fatigas por aquel golpe de Estado que se dictó en el sitio real del Pardo en Abril de 1767. No sabemos si se había consagrado á tan provechosas tareas resuelto desde entónces á escribir la historia de su patria, que es lo más probable, ó si emprendió en ello sólo por obedecer la orden de Carlos III y recomendaciones de sus superiores á tal respecto. Si la orden y recomendaciones le hubieran sido comunicadas seis ú ocho años ántes que saliera de la Presidencia, es de creer que la obra habría sido también publicada inmediatamente en la Península, y el autor gozado entónces de una satisfacción que no alcanzó á tener durante los largos y últimos años de su destierro humilde. Pero recibidas á destiempo y envuelto en la caída de los jesuítas por la pragmática sanción de 1767, perdióse tan excelente oportunidad, y Velasco, atravesando de largo todo el territorio granadino hasta Cartajena, embarcóse en esta plaza y partió para Italia, la patria común de todos los cristianos y albergue de puertas francas para los desterrados de todos los tiempos y de todos los pueblos. Después de haber recorrido alguna parte de Francia, Alemania y casi toda la Italia, se fijó en Faensa, cuna de Torricelli.

Llevaba ya gastados veinte años en recoger, coordinar y extraer los impresos y manuscritos necesarios para su obra, cuando

fue acosado por una enfermedad rebelde que comprometió sus tareas y salud por nueve años, y se resolvió á condenarla á *perpetuo obvido*, como dice el mismo. Pero no pudo resistir á las nuevas instancias de personas que conocían su mérito y lo adelantado de su trabajo, y determinóse á llevarlo adelante, reformando el plan de destinar la mitad de la obra á la refutación de los errores y doctrinas de los que, mal instruidos ó conocidamente prevenidos, habían escrito contra el suelo, naturaleza y clima de América, é ignorancia, carácter y costumbres de sus hijos. La obra, según el primer plan, debía salir en cuatro ó cinco gruesos volúmenes, mas, con motivo de la reforma, á que principalmente le obligó la falta de salud, fue reducida á tres más cortos. El primero contiene la *Historia natural*, dividida en cuatro libros: el segundo la *Historia antigua*, en cinco; y el tercero, la *Historia moderna*, en otros cinco. La dató en Faensa el 15 de Marzo de 1789 y la dedicó á Dn. Antonio Portier, Ministro de Carlos IV y protector de las ciencias.

Hemos dicho que hubo una real orden de Carlos III, por la cual se dispuso que alguno de los regulares de la Compañía de Quito se dedicase á escribir la historia de este pueblo, porque efectivamente es á este momarca, uno de los más ilustrados Reyes católicos, á quien debemos la que compuso nuestro compatriota; siendo demasiado sensible que no la dictara sino uno ó dos años antes que la citada pragmática.

Velasco, fuera por haber abandonado ya su obra ó por efecto de un resentimiento natural contra quien decretara la expatriación de los jesuitas, no la remitió á España sino después del fallecimiento de Carlos III, y, sin embargo, quedó olvidada y empolvada en los archivos públicos de Madrid ó en el retrete del Ministro Portier, y se mantuvo inédita por medio siglo hasta que los mismos compatriotas de Velasco y la imprenta libre de su patria vinieron á darla á luz sucesivamente desde 1841 á 1844. La incuria de entonces dio lugar á que se publicara primero traducida al francés en 1840, que en su lengua original. (\*)

Antes de ocuparnos en el examen de la obra digamos algo de las dificultades que se presentaron para su publicación, y de esa indolencia, por no decir más, con que miramos las glorias literarias de la nación y con que pagamos á los hombres que se interesan por ensancharlas. La *Historia del Reino de Quito* conserva, respecto de su publicación, un recuerdo bien triste para el Gobierno y los ricos del Ecuador, pues tuvo sus *Aventuras de un manuscrito*, y tuvo que venir para América y regresar para Europa, y volver á ir y volver á venir. ¡El Pacífico ó el Atlán-

---

(\*) Dificil como es que el presbítero Dávalos, el depositario de los manuscritos, los hubiese entregado á un extranjero, es de creer que Mr. Ternaux-Campans, el editor francés, los tomó de los que paraban en Madrid.



tico podían habérselos tragado, y quedado entonces nuestras frentes tildadas con la estampa de la ignominia!

Hallábase el Sr. José Modesto Larrea en Francia por los años de 1822 á 1825, cuando supo que los manuscritos paraban en poder del Presbítero Dn. José Dávalos, sobrino, pasaino y fideicomisario de Velasco, é inmediatamente ocurrió por ellos á Verona, donde le fueron entregados con condición de que habían de uniformarse los documentos con las citas y corregirse algunas faltas relativas á la historia natural. El Sr. Larrea mandó encuadernarlos en París, y no encontrando allá una persona que se encargase de esos trabajos, los trajo inéditos para Quito, donde, aunque se pusieron á dirección de personas competentes para el intento, nunca se agregaron las clasificaciones que faltaban á la historia natural, y quedaron como antes. Los manuscritos no trataban ni de la nauceabunda política americano-española ni de empresas ó especulaciones industriales, y el Gobierno y los ricos, á quienes tocaba impulsar la publicación, los miraron como cartapeles y se olvidaron de ellos de todo en todo. Larrea volvió á llevarlos en su segundo viaje (1837) con el objeto de mandarlos imprimir; mas, por desgracia para la nación y para el mismo conductor, fueron á ponerse en París á cargo de un francés poco idóneo que, arrogándose derechos que no tenía, alteró los manuscritos y dio á luz un primer fragmento desfigurado y galicano que excitó muy jus-

tamente la censura de nuestros compatriotas. Ordenóse que se recogieran, y todavía hubo dificultades y bastante tiempo que vencer para restaurarlos del francés depositario de ellos. Volvieron, pues, á repasar los mares por cuarta vez, hasta que al fin, habiéndose encargado de su edición el malogrado joven, Sr. Agustín Yerovi, publicó la obra, fuera de los *Apéndices*, íntegra y completa, cual la escribió el autor y cual corre por el mundo literario.

El Sr. Larrea, el hombre rico, generoso y amigo de su patria; el hombre de buen gusto con cuyos repetidos y espléndidos banquetes daba brillo y fama á esta tierra ingrata (digámoslo de paso), cuyas imprentas no alzaron, á su muerte, una sola voz, un solo acento de dolor que manifestase el sentimiento público por la pérdida de quien había hecho figura desde los tiempos de Colombia y obtenido en el Ecuador los empleos de más nota hasta el de Vicepresidente de la República; se suscribió con setecientos pesos para cien ejemplares, y gracias á esta suma que debe causar desmayo á los de mano escasa, la empresa se llevó á cabo y la patria posee una historia nacional, la primera, entre nosotros, que ha descornado el velo de las antigüedades ecuatorianas. Si la obra no es de un mérito cabal, tiene el necesario para instruirnos, deleitarnos é interesarnos con la narración de esos acontecimientos correspondientes á los tiempos rudos de los Quitus y los Shyris, y con las acciones de guerra de un Quisquis, Calicuchima y Rumiñahui.

El autor de la "Historia del Reino de Quito" conocía científica y prácticamente la comarca que fue teatro de los sucesos que refiere, y su narración hace palpar toda esa suma de instrucción tan necesaria para el desempeño de semejante obra: los acontecimientos están descritos tales cuales pasaron, según el testimonio de aquella multitud de autoridades que consultó y tuvo á bien citar (\*); y su imparcialidad, sino muy ajustada en cuanto al origen, desenvolvimiento y resultados de las guerras civiles suscitadas entre Atahualpa y Huáscar, es por demás clara y patente con respecto á las prendas y reinado de Huaina-Cápac, y al porte, valor, ecuanimidad y altibajos de los conquistadores españoles. El autor europeo por la raza y americano por el nacimiento, escribiendo la obra fuera de su patria y lejos así mismo, de la metrópoli, gozó de toda la libertad que era conveniente para no dejarse commover ni por la desventurada suerte de los colonos, ni arrebatarse por las lisonjas y sugestiones de los colonizadores; y la muy recta y sana mo-

---

(\*) Fuera de las obras, cuya lectura era común para la multitud, consultó las de Jeres, Oviedo, Cieza ó Chieca de León, Sárate y Rodríguez que estaban ya publicadas, y las inéditas de Palomino, oficial de Benalcázar, Niza, A. Montenegro, Bravo de Saravia, P. de la Yeña y Montenegro, obispo de Quito, Severeno, Montesinos, Maldonado y los PP. Ferrer, Lucero, Fritz, Frantzer, Brentano y Weigel, casi todos moradores del tiempo de la Presidencia.

ral, bien sostenida en toda la obra, es una cualidad relevante que no le han negado ni sus censores.

El plan, es cierto, no es de los mejores, ni dejamos de convenir en que el candor de Velasco, excesivo como es, lejos de ser una cualidad provechosa para refrenar la malicia con que los historiadores se saborean dando á los hechos más importancia que la merecida; le fue perjudicial, no sólo por la falta de discernimiento con que debió despreciar los sucesos de poco interés, sino también por la ceguedad con que acogió algunos hechos conocidamente falsos y algunas tradiciones absurdas. A veces, hace más bien de abogado que de juez; mas lo de ordinario es que, corresponde debidamente al papel de historiador. Los datos que ha recogido son tan curiosos y hay tanta sencillez y sinceridad en sus juicios y manera de formarlos, que bastarían estas prendas, aunque no tuviera otras, para mirar su obra como interesante.

En cuanto al ornato y dignidad del lenguaje, el achaque principal con que le censuran los criticastros, pagados del mal gusto de ver amontonadas las metáforas é imágenes sin fin, debe tenerse presente que era el de su tiempo y que, si carece de elegancia, amenidad y bellezas, se halla, en cambio, escento de esa peste envenenadora de galicismos con que en el día hemos echado á perder la galanura y majestad del idioma puro y solariego de los buenos hablistas del siglo 16<sup>o</sup>. Ufánense cuanto quieran con su *buen gusto*

por el rumbo y falsos matices con que los escritores afrancesados, encumbrándose en alas de su fantasía á la religión de las nebulosas, y pasmándose con sus frases y períodos intrincados, nos dejan acá en la tierra más pasmados todavía de no poder penetrar ni en el objeto ni en el sentido de sus imitaciones *la-martinianas*. Por lo que hace á nosotros, admiradores de lo claro, natural, conveniente y puro, hallamos en el lenguaje de Velasco claridad en la narración, naturalidad en los pensamientos, conveniencia con el tono histórico, pureza en el uso de las voces y en la sintaxis; y, apreciando estas cualidades hasta el punto que se sostienen, y no más, preferimos su estilo seco y desabrido pero propio é inteligible, á ese otro impertinente fantástico y vago, vacío de nexos y plagado de antítesis, voces enfáticas y oraciones elípticas que constituyen la pompa y gala de los escritores galicanos, propagados, por desgracia y por demás, en cuantos pueblos se habla la lengua que era de Castilla.

La *Historia natural* del P. Velasco, científicamente hablando, no puede llamarse tal: pues no ha tratado ésta materia como sabio ni para los sabios; sino como un labriego instruido y diligente, y para el vulgo. Pudiera decirse que no estudió esta hermosa parte de las ciencias, pero esta es suposición demasiado aventurada; pues, examinando el modo y forma como están tratadas la zoología, botánica y mineralogía, y las divisiones principales de sus géneros, no faltan, para

ser mirado como naturalista, sino la nomenclatura de las voces y la clasificación de las especies, trabajo de muy fácil desempeño, y que, reservado seguramente por esto para las últimas pinceladas de la obra y no habiendo podido realizarlo á causa de sus achaques, lo recomendó á su fideicomisario. Este, como dijimos, hizo igual encargo al entregar los manuscritos, y el resultado es que, á causa de aquellas faltas, la obra, aunque bien reputada en América, no ha alcanzado en Europa la nombradía que obtuvo la de su correligionario, el chileno don Juan Ignacio Molina por su *Saggio sulla Storia naturale del Cile*, por la cual se juzga severamente la de nuestro compatriota. La diferencia principal que se hace notar muy justamente es la de las indicadas faltas, pero debe reflexionarse que Molina logró publicar su obra en 1782, cuando en Europa no se tenían más noticias de América que las publicadas tan de ligero por los señores Paw, Reinal, Buffon y Robertson, cuando no estaba aun muy afamada la magnificencia de la naturaleza americana y cuando acababa de exitarse el interés del Viejo mundo por las galas y asombrosos fenómenos del Nuevo. La obra de Molina, ceñida lealmente al sistema y método de Linneo, echó á tierra el juicio aventurado de los naturalistas de Europa, procediendo de ahí el vuelo que tomó su reputación: mas si Velasco hubiera tenido salud para perfeccionar la suya y publicarla en oportuno tiempo, su nombradía se habría elevado también á la

misma ó mayor altura, por ser su obra más extensa. La buena fortuna, la ocasión y las circunstancias que alteran ó modifican los hechos, obran, á veces, en el campo de las letras con el mismo poder que en los campos de batalla.

Velasco delineó también una *Carta geográfica del Reino de Quito*, rigiéndose por las de Maldonado, Lacondámine, Fritz y Maguin, y añadió ó corrigió algunos puntos por observaciones propias. La carta se conserva hasta ahora sin grabarse ni litografiarse, y esta es una prueba más de esa nuestra indolencia que nos hace vivir, no sólo oscurecidos, sino mirados en Europa como hordas todavía salvajes é ignorantes, poco menos atrasadas que las beduinas.

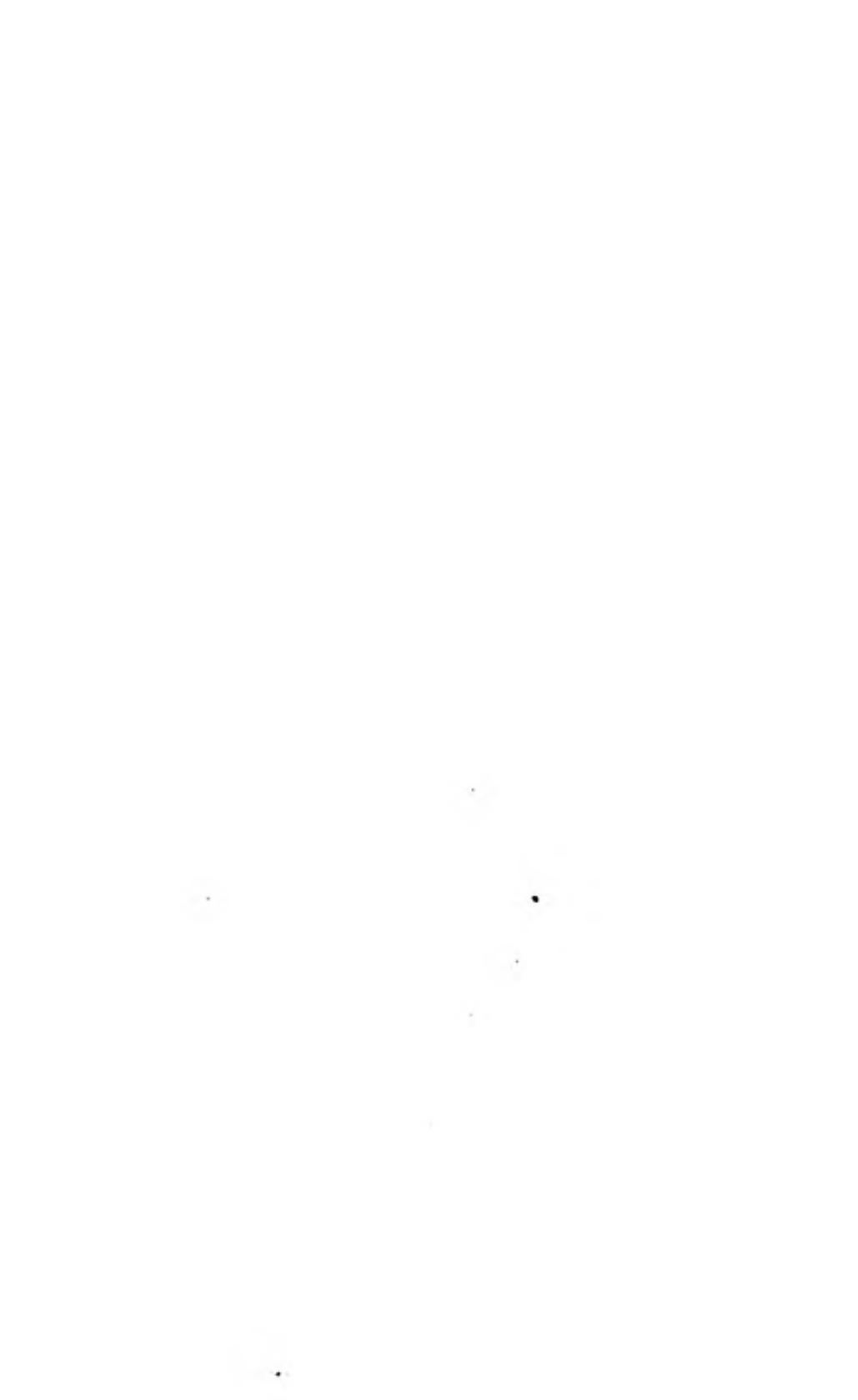
Ociábase Velasco, aun aburrido con los achaques de su vejez, haciendo versos y colectando otros muchos de sus compatriotas ó de sus correligionarios. El señor Larrea los recogió juntamente con los manuscritos de la *Historia* y existen encuadernados cinco tomos, de los cuales entresacando puramente las poesías de Velasco podría formarse una obra reducida á dos en 4.<sup>o</sup> menor. Por desgracia, la literatura española no había aun podido sacudirse en el todo del gongorismo, y Velasco se dejó seducir por el gusto corrompido de su tiempo: casi todas sus composiciones están manchadas con ese pecado original, del que no escaparon ni los mejores ingénios, y no podemos presentar una sola

muestra con que embelezar á los literatos de nuestros días.

Nada, nada sabemos de los pormenores de la vida de nuestro compatriota en Italia; mas, por esos treinta años mortales que, durante ella, quedaron sus obras olvidadas, es de presumir que se deslizó pobre y abatida, ya que no pudo publicarlas. Solo sabemos que sus últimos días los pasó en Verona, donde murió en 1819, de 92 años de edad.

No digas ¡oh Velasco! que te han olvidado todos, porque tus contemporáneos te olvidaron; pues la nueva generación de tu Patria, ahora soberana y libre, se entusiasma con tus virtudes, talentos y tareas literarias, é invoca tu nombre para que la ilustres con las aspiraciones de tu ingenio.—Quito, agosto 20 de 1861.

---



## JUAN BAUTISTA AGUIRRE

---

La Compañía de Jesús, una de las últimas Ordenes monásticas que se instituyeron en el mundo cristiano, rendida del todo en todo á la obediencia del Sumo Pontífice de la Iglesia, y destinado principalmente á la propagación de la fe y á combatir contra los protestantes, regados ya por Alemania é Inglaterra y haciendo por introducirse en España y Francia; llegó á ser, como se sabe, una falange de arrojados militantes que midió sus incipientes fuerzas con tezon y con provecho, y que logró consiguientemente apagar en tiempo, á lo menos, en algunos puntos, el fuego prendido por Lutero. Inflamados los Jesuitas por un fuego divino que sentían arder en sus entrañas, cruzan los continentes y los mares, se internan por el Africa, las Indias y hasta por el interior de pueblos vedados para el comercio y comunicación con los hombres, como el Japón y la China, y logran donde quiera que ponen el pie hacer brillar y difundir la saludable luz del evangelio.



Luchando á un tiempo contra los religiosos de los demás órdenes, á quienes dejan oscurecidos por su saber y actividad, contra las academias, las universidades, las sociedades particulares y los cismas que se levantan unos tras otros; persisten fieles y serenos en sus fines y pasando una vida de agitación, padecimientos y desengaños sin cuento, consiguen en menos de medio siglo hacer conquistas prodigiosas, adquisiciones pingues, y propagarse y afianzarse, en fin, en todo el orbe católico. La Sociedad de Jesús instituída en 1540, es decir, muy pocos años después de asegurada la conquista de las Américas, era aquí, en la del sur, morada de millares de salvajes apenas convertidos á la fe, donde podían desenvolver con mayor provecho su resignación, talentos, doctrinas y carácter; y efectivamente hay que admirar que de las entrañas de un imperio extenso sin vitalidad ni siquiera acción, de este imperio en que talvez se hacía gala de la ignorancia, la compañía presente, sin embargo, un largo sartal de anticuarios, eruditos, oradores, historiadores, teólogos, mártires y santos.

Pero no nos diváguemos más, que no tenemos por qué mirarla ni en su conjunto ni por sus distintas faces, que algo las conocemos y que talvez tendremos ocasión de presentarlas con otro motivo, sino tan solamente como á maestra y engendradora del P. Aguirre, el compatriota ilustre, cuya me-

moria vamos á refrescar con la publicación de algunos pormenores de su vida.

Don Juan Bautista Aguirre, nació en Guayaquil en 1725. Nada, nada sabemos de sus primeros 15 años, y aun cuando se hubiera hecho notable por sus acciones, nada, nada sabríamos tampoco; pues, ya lo hemos dicho otras veces, la incuria é endolencia con que miramos á los hombres sobresalientes en letras ó artes, no es de ahora, sino que nos vienen desde nuestros padres.

Aguirre se incorporó á la Compañía de Jesús de Quito en 1740, y mucho debió enseñarle esta, y bien afamado debió ser el discípulo por sus talentos ó saber, cuando en el siglo 18, el siglo de oro para la literatura ecuatoriana, y cuando entre tantas lumbreras como tenía la Orden, fue sucesivamente nombrado Catedrático de teología moral en la Universidad de San Gregorio, luego de filosofía y luego de Prefecto de la Congregación de San Francisco Javier. Y ha de entenderse que el P. Aguirre no enseñó la filosofía de Aristóteles, tan aferradamente conservada en nuestras Universidades, colegios y conventos hasta 1736, sino que, avanzando un paso más que Magnin, el arrojado jesuita que fue el primero en explicar el sistema de Descartes, introdujo y desenvolvió también algunos principios y doctrinas de Leibnitz. Si la ignorancia y preocupaciones de los profesores de entonces hicieron que se mirasen estos avances con escándalo y volviera á imperar

de nuevo el diuturno peripato, peor para los doctos de ese tiempo, y mayor mérito para quien, saltando por encima de ellos, trazó la senda por donde debía encaminarse á la juventud.

Los serios estudios y serias ocupaciones del P. Aguirre, no le habían hecho perder ni su afición por la poesía ni su carácter festivo; y á juzgarse por los versos de tono jocoso que han llegado hasta nosotros por la tradición ó en manuscritos mal copiados, tenemos que reconocer entre sus dotes una chispa brillante y facundia suma para jugar con el sentido y estructura de las voces.....

Envuelto en la expatriación de los PP. jesuítas, fue á dar como casi todos sus correligionarios en Italia, y se estableció en un Colegio de la Compañía de Jesús de Ferrara. El P. Ricci, General de la Orden, se penetró al momento del mérito del expatriado, y le nombró Rector de ese Colegio; y poco después, habiéndose dejado también conocer por la santidad de su vida, fue nombrado examinador general por el R. Arzobispo de Ferrara. "Diariamente, dice el informe dado el 4 de Enero de 1816 por Monseñor Joaquín Pimienta, Arcediano y Vicario capitular de la Iglesia y diócesis de Tiboli, que tenemos á la vista, diariamente era buscado de las personas doctas, tanto eclesiásticas como seculares para oír su dictamen sobre las dudas que tenían en materias filosóficas, dogmáticas y morales; y lo que es

más admirable, habiendo el P. Aguirre hecho estudio de la medicina por divertirse, era frecuentemente consultado por un célebre médico de Clemente 13, quien solía decir *¿Cuál habría sido la suerte de los mortales, si todos los médicos hubieran sido provistos del tino curativo del P. Aguirre?*”

Después de expedida la bula de Clemente 14, *Dominus ac Redentor*, datada en julio de 1773, tuvo Aguirre que dejar el rectorado y ponerse á recorrer las ciudades más famosas de Italia hasta fijarse en Roma, donde como en Ferrara, haciéndose conocer muy pronto por su saber y vida ejemplar, “los Cardenales, (dice el citado informe), le buscaban como á teólogo y muchísimos de éstos se adherían á su voto en las congregaciones del Santo Oficio y de *propaganda fide*; de suerte que para satisfacer á la solicitud de todos, jamás se movía de casa por la mañana y, según él mismo contaba como cosa extraordinaria, sólo una vez había salido de ella en cinco años, para asistir á la capilla del Papa en el día de San Pedro.”

Al cabo de estos cinco años de residencia en Roma, y hallándose muy quebrantada su salud, salió de la *Ciudad eterna* en busca de mejores aires, y fue á establecerse en el castillejo de San Gregorio, á las inmediaciones de Tiboli. El R. Obispo de esta Diócesis, Señor Natal, afamado por sus conocimientos en ciencias eclesiásticas, le llamó á su lado, empenándole á que viviera en

su mismo palacio, le tomó por su teólogo consultor y llegó á tener tanta fe en las doctrinas de nuestro compatriota, que frecuentemente solía decir que *aprendia más discurrendo una hora con el P. Aguirre, que estudiando un mes.* Los Cardenales que moraban por las cercanías de Tiboli, el Cabildo eclesiástico y todo el clero de la diócesis hacían de su saber y doctrinas la misma estimación que el señor Natal, porque resolvía á su presencia "los casos morales con tanta claridad, que todos quedaban sorprendidos y maravillados. Los jesuítas españoles, italianos y portugueses le miraban como á uno de los más doctos de la Compañía en las disputas teológicas y filosóficas, y ocurrían á él y le llamaban para resolver las cuestiones más intrincadas y cedían á su parecer. Así el Doctísimo y celebrísimo P. Zacarías, conocido por las muchas obras que ha dado á la prensa, en estando en Tiboli, no cesaba de consultar con frecuencia al P. Aguirre, en las materias más oscuras, y aseguraba públicamente no haber conocido otro jesuíta más docto que este Padre. Provisto de un talento perspicaz y de una memoria admirable, encantaba á cuantos le escuchaban: se acordaba de quanto había leído, todos concurrían á oír sus doctrinas, cada uno deseaba estar junto á él para aprender, y él escuchaba con paciencia á todos, aun cuando estaba siempre ocupado de dar tantos pareceres."

Muerto el Obispo Natal, ocupó su va-

cante el señor Gregorio Barnaba Chiaramonti, el mismo que pocos años después se elevó al Pontificado y gobernó la iglesia con el nombre de Pío VII, y también le nombró su teólogo y le retenía largas horas en su palacio, conferenciando y saboreándose con las doctrinas del docto americano. Vacante de nuevo esa silla episcopal, por haber tomado el señor Barnava la dignidad cardenalicia, ocupó su puesto Monseñor Manne, quien llamó al P. Aguirre á que dirigiera la cátedra de teología moral en el colegio público, y la regentó por cinco años con mucho aprovechamiento de sus discípulos.

Más ocupado de enseñar, conferenciar, resolver dudas y contestar á las consultas, que de escribir, no compuso durante su residencia en Italia, más obra que la titulada *Tratado polémico dogmático*, que estaba al imprimirla, cuando, consumido por una debilidad que desde hace meses atrás había ido aumentándose día a día, se agotaron sus fuerzas en el todo y murió el 15 de junio de 1886. "Su humildad fue profundísima, su oración fervorosa, su caridad hacia los pobres admirable y su muerte llorada. Su cuerpo (en el cual se encontró un cilicio metido entre la carne, señal de su penitencia) fue enterrado en la iglesia de los PP. jesuítas."

No conocemos su *Tratado polémico dogmático* ni creemos que haya en el Ecuador

una sola copia de esta obra para haber podido examinarla y decir algo del mérito que contenga; pero muy natural y lógico es deducir de los antecedentes referidos, que debe ser una producción de importancia para la República de las letras.

Quito, noviembre 5 de 1861.

---

## ANTONIO ALCEDO

---

Quando tomáis un libro que os instruye, ilustra ó gusta mucho por cualquier respecto, sin haber sabido quién es su autor, de seguro que os habrá venido inmediatamente el deseo de conocerle; y luego cuanto más os embelece por el objeto de la obra, su utilidad ó la manera de tratarle, tanto más también habrá crecido vuestro interés en saber dónde nació, cómo vive ó vivió, que estudios hizo para escribirla, y si ya sabéis que ha muerto, aun os ocuparéis en averiguar cuándo, cómo y en dónde murió. Si el autor reune al mérito de la obra la circunstancia de ser vuestro pariente, amigo ó compatriota, entónces, aumentándose el interés y la curiosidad, se os aumentarán igualmente los afanes de conocer todos los pormenores de su vida, para engrair con la participación de una gloria que hasta cierto punto es también vuestra.

Si vuestras investigaciones han sido burladas y no lográis saber lo que deseabais, ó apenas conocéis alzadamante esa vida que quisierais seguirla paso á paso, no dejaréis de sentir un amargo despecho; y este es precisamente el caso en que nos hallamos respecto de nuestro compatriota Alcedo, por ser muy poco lo que conocemos de su preciosa vida.

Y cuenta con decir que *la obra es el todo, sea cual haya sido la suerte de su autor*; pues si la obra es para utilidad de cuantos la leen y para utilidad de todos los tiempos, el autor es para la honra de su familia, amigos y patria, y ora por vanidad, ora por egoísmo, ufánanse los hombres y las naciones con orgullo contando entre los suyos á los varones ilustres. La filosofía de Platon, resumen cabal de la antigua sabiduría y propagadora de la existencia de un Dios único, y la *Ilíada* de Homero, también resumen cabal de las épocas guerreras de los primitivos tiempos, son ciertamente partos del entendimiento humano comunes á los hombres de todas las edades y de todos los pueblos pero si, como producciones de nuestra especie, pertenecen á cuanta criatura racional pisa la tierra, el timbre y la gloria son para Atenas y para Smyrna, para esa Grecia abarcadora de casi todos los ramos del saber y engendradora de aquel semillero de sábios, legisladores, estadistas, oradores, poetas, guerreros, arquitectos, escultores y pintores con que mantiene pasmado el mundo.

Alcedo no es un Platon, ni un Homero ni siquiera un Maltebrun: Alcedo no ha fantaseado ninguna doctrina nueva como el fundador de la *Escuela académica*, ni como el poeta de Chio, presentado para la epopeya la muestra, tipo, norma y modelo á que tienen que sujetarse cuantos aventuran cantar en alto verso las acciones ilustres de los héroes, ni extendido, en fin, como el célebre Danés, uno de los más importantes ramos de las ciencias hasta el punto en que le vemos. Pero Alcedo es un ecuatoriano que ha dado la Geografía de América como nadie la había dado hasta entónces con tanto acierto ni con mayores conocimientos ni con mayor prolijidad: y Alcedo la dió cuando el nuevo mundo no era conocido sino por los traficantes y los filibusteros, y cuando talvez no corrían en la República de las letras más Diccionarios geográficos que los tan escasos é incorrectos de Moreri, Echard, Wosgién, la Martiniere, Montpalau, Goujet, Drowet y más compiladores que sucesivamente fueron copiando los mismos errores en que incurrieran los primeros, sin poder corregirlos. Aun el *Gacetero americano*, escrito en inglés y contraído puramente á la América setentrional, y el *Dizionario storico geográfico dell' América meridionale*, que aparecieron poco después de publicado el primer tomo del de Alcedo, asomaron tan descarnados que todavía quedaba el nuevo mundo desconocido en mucha parte. Alcedo se propuso corregir los errores de los primeros y, aprovechado de los dos últimos,

dió á luz una obra casi original con que aclaró, ensanchó, y remató el conocimiento físico y estadístico de nuestro inmenso continente, hasta entonces envuelto entre tinieblas y hasta desfigurado; y Alcedo con su obra aviva aquella luz del saber que alumbra el mundo, realza á la América con la descripción de sus tesoros y maravillas de todo género, y glorifica á Quito su tierra natal.

“En 14 de Marzo de 1736, yo el Dr. Dn. Miguel Mariño de Lovera, Presbítero capellán de esta Real Audiencia, *de licentia parrochi*, bauticé á Antonio Leandro, niño que nació este día, hijo legítimo del señor don Dionicio de Alcedo y Herrera, del Consejo de S. M. Presidente de esta Real Audiencia, Gobernador y Capitán general de esta provincia, y de la señora doña María Vejaranó y Saavedra. Fue su madrina doña Leonor Alcedo y Herrera, hija legítima de dichos señores y hermana del bautizado, y la dicha doña Leonor lo cargó é hizo oficio de madrina en nombre del señor don José de Alcedo, del orden de Calatrava, del Concejo de S. M. su Alcalde de Casa y Corte en la villa de Madrid, y Marqués de Villaformada, tío legítimo del bautizado. Y para que conste lo firmo.—Dr. *José Miguel Mariño y Lovera*,”

Hemos insertado esta partida bautismal sacada de los libros parroquiales que corren á cargo del doctor Rafael Piroto, uno de los curas de la Catedral, porque la cuna de Alcedo, sin haber sido de esas en que se me-

cieron los Homeros y Cervantes, ha sido disputada también por Méjico, Panamá, Cartagena y Quito.

Un año después del nacimiento, fue llevado por su padre á la Península, y en 1743 volvió de nuevo para América, siguiendo á don Dionicio, quien, en premio de los méritos adquiridos en siete años de servicio como Presidente de Quito, había obtenido la capitania general de *Tierra firme*. Don Dionicio residió la mayor parte del tiempo en Panamá, ocupado de la defensa de esta plaza contra los ingleses, entonces en guerra con los españoles, y don Antonio, durante los nueve años del gobierno de su padre, andaba recorriendo los pueblos, las islas y muchas comarcas americanas. La afición con que el padre había mirado los estudios geográficos, y de cuyo aprovechamiento dan idea las varias obras que publicó (\*), y la multitud de consultas

---

(\*) "Aviso histórico, político, geográfico con las noticias más particulares de la América meridional." Madrid 1740. "Compendio histórico de la provincia, partidos, ciudades, astilleros, ríos y puerto de Guayaquil." Madrid, 1841. "Memorial informativo sobre el comercio del Perú." id.

é informes que dio á la Corte (\*\*), según se colije de lo que el mismo Alcedo dice en el prólogo de su obra, fue para el hijo una pasión ardiente que le dominó por largos años, y llevado de ella continuó los suyos con afán y suma constancia. La alta representación social del padre y sus muchas conexiones le proporcionaron ocasión para conferenciar y consultarse con los hombres ilustrados de Madrid, y con estos medios, sus buenos talentos y constantes estudios de las materias, objeto de su pasión, se puso en estado de ejecutar el proyecto de dar á la estampa una obra clásica y completa que abrazase á un tiempo la cronología, la historia, la zoología, la botánica, la mineralogía, la hidrografía, y la geografía física y política de todo el nuevo continente.

Llevado de otra liviana pasioncilla, muy común en los gobiernos de los Reyes, se había incorporado al Regimiento de *Reales guardias*, y en 1779 tuvo que concurrir, como

---

(\*\*) "Tompson dice que el Ministro de superior talento é instrucción que animó á Alcedo á dar su obra, fue fray Pedro González de Agüeros. Pero este es un error con que no podemos conformarnos por ningún cabo, porque González no fue nunca *Ministro* en América, ni publicó otra obra que la particular *Descripción historial de la provincia de Chiloe*, y esto poco después de la de Alcedo, y porque la alusión está conocidamente hecha á su padre, que habia residido en América por más de 40 años, y á quien, de seguro, no quiso citarle de claro en claro por pura y muy loable modestia.

teniente de fusileros de este cuerpo, al infructuoso ataque de Gibraltar. Su lealtad y buen desempeño de sus servicios le hicieron merecer el mando de una compañía; de modo que siendo Coronel de ejército, era también *Capitán de Reales guardias españolas*. Las atenciones de su carrera le traían inquieto, interrumpiendo frecuentemente un trabajo que por veinte años no lo había dejado de la mano, hasta que al fin, dándole la última, salió á luz en 1786 el primer tomo de su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales*, dedicado al príncipe de Asturias (después Carlos IV), y de grado en grado los cuatro restantes (4.<sup>o</sup> mayor) hasta 1789. Tanto el Gobierno como la Real Academia española apreciaron la obra conforme á su merecimiento, y pagó esta su tributo de estimación incorporándole entre sus miembros, al asomar el 2.<sup>o</sup> tomo en 1787. Pero si Carlos 3.<sup>o</sup> apreció la obra como debía, temió que su publicación y circulación, excitando la codicia de otras naciones, llegaría á comprometer el sistema comercial de España, y dominado de esta aprensión prohibió que circulara dentro de sus reinos y que se exportara á tierras extranjeras. La prohibición avivó el apetito de leerla, y el mérito de ella la propagó con rapidez tanto en España como en América.

Pasaron alguno ó algunos ejemplares á Inglaterra, y Tompson, un empleado de aduana, convencido del mérito y utilidad de la obra, la tradujo y dio á luz algunos años

después, ensanchándola hasta donde habían alcanzado los progresos de la Geografía en 1812. La traducción de Tompson vale, á no dudar, mucho más que el original, por la corrección de aquellos errores naturales y propios del atrazo de los tiempos, y por el ensanche que tomó con los nuevos y casi diarios descubrimientos y observaciones hechas en América; pero Alcedo se elevó con tal motivo á la región en que los escritores de fama toman asiento, y su gloria se conserva inamisible. La edición de Tompson se agotó al andar de poco tiempo, y aunque en 1819 se anunció una 2<sup>a</sup> no sabemos si se haya llevado á cabo.

Cinco gruesos volúmenes que comprenden la situación, la medida, los montes, selvas, ríos, lagos y producciones animales, vegetales y minerales de cada reino, circuito ó provincia; las ciudades, pueblos y aldeas de que se componen con su población, industria, comercio, clima, costumbres y caracteres; los caminos que los cruzan con sus comodidades, ó estorbos y peligros; la historia particular de cada una de tantas y tan grandes secciones coloniales; la cronología de sus descubrimientos, conquistas, fundaciones y magistrados que las rugieron en lo civil, eclesiástico y militar; la nomenclatura de tantas voces de plantas y animales indígenas, algunas con la debida correspondencia á la lengua de los sabios, y el método alfabético aplicado por primera vez al conocimiento exclusivo de los objetos americanos; cinco gruesos vo-

lúmenes que redujeron á una cifra, diremos así, cuanto se había escrito hasta entónces de curioso, útil ó importante por otros respectos, prueban, cuando menos, sino la originalidad de los grandes ingenios, una vasta y complicada erudición, mucho seso y despejo, estudio constante de largos años y perseverancia en el trabajo. La obra, como enunciamos ántes, se popularizó con indecible rapidez, y los estadistas, comerciantes y especuladores de todo género cobraron seguras esperanzas para el afianzamiento de sus empresas. La obra ha servido de guía para los geógrafos posteriores, confesándolo algunos claramente como Rienzi (*Dic. usual y científ. de Geog.*) y Salvá para la adopción de muchas voces americanas, y ocultándolo enfáticamente los más, aunque siempre dejándose conocer. El estilo es sencillo, natural, claro, de esos que valen para hacerse entender, no de los enflautados tan de gusto y á la moda de los tiempos que alcanzamos.

Tomad la voz de una ciudad, villorio, monte, promontorio, río ó lago que conocéis, y salvo las diferencias procedentes de las revoluciones físicas del globo, de los gobiernos que han sucedido á otros gobiernos, y de la acción y progresos del tiempo, allí donde los señaló Alcedo, allí los hallaréis con la designación casi cabal de su longitud, latitud, términos, alturas, corrientes y extensión. Esto no quiere decir que la obra esté exenta de errores, y graves y frecuentes son en los

que ha incurrido: pero ¡qué mucho encontrarlos en escritos de ahora ochenta años, cuando hoy, en días de vivos, á pesar de los adelantos de la ciencia, incurrimos también en otros mayores, bien por fiarnos en los que nos precedieron, bien por la absoluta imposibilidad de conocer á palmos imperios tan extensos! ¡qué mucho que Alcedo, sin conocer tantísimas de las comarcas que describe, haya cometido errores, cuando un señor Avendaño que nos visitó hace cuatro años, viviendo dos entre nosotros, de regreso á España, su patria, nos dio á cierra ojos una *Memoria* (\*) que publicó en la *Crónica Hispano americana* (1859), donde describe una ciudad de Riobamba con *cuatro barrios ó arrabales poblados de indios: Barrio nuevo dividido por el río que se pasa par un puente de un arco; Barrio de San Sebastián; Barrio de San Blas y Barrio de Misquilli; y luego un río que, reuniendo el Mira, el Onzoles y el Esmeraldas, conduce sus aguas á la Bahía de Carúquez, y luego, en la provincia de Esmeraldas, unas aldeas que no tenemos, quitándonos en cambio y á su antojo cuanto quiso quitarnos en población, comercio, industria, ciencias, artes y hasta lenguaje!*

La reputación política y militar de Alce-

---

(\*) Memoria sobre el comercio y navegación del Ecuador con los demás países, y especialmente con España. Precedida de un bosquejo del estado físico, agrícola é industrial de las diez provincias de la República. »

do crecía entre tanto al par que su fama literaria, pues en 1792 fue elevado á la categoría de Brigadier, poco después á la de Gobernador político y militar de Alcira, y en 1796 á la de Mariscal de campo y Gobernador militar de la Coruña. Las atenciones que demandaban estos destinos, en tiempos no muy tranquilos para España y cuando el gigante Napoleón andaba repartiendo naciones y coronas á su albedrío, no le privaron de su afición á las letras, ni del tiempo necesario para componer otra obra, acaso de mayor interés que la anterior para los americanos. Ya en el prólogo de ésta tenía anunciado publicar una biblioteca de cuantos autores habían escrito sobre Indias con un breve resumen biográfico, y Alcedo cumplió su palabra en 1807 dándola con el título: «Biblioteca americana ó catálogo de los autores que han escrito de la América en diferentes idiomas, y noticia de su vida y patria, años en que vivieron y obras que escribieron.»

Como se ve, el título de la obra basta para despertar en los americanos aficionados á las letras y al conocimiento de lo que atañe á la tierra de Colón una especie de necesidad, casi de ansiedad por leerla y poseerla. ¿Dónde para?—No lo sabemos, sabiendo solamente que quedó inédita, y que otros, á mesa puesta, han aprovechado grandemente de aquel tesoro americano. Sabemos también que por 1816 paraba el manuscrito original en poder de un erudito librero inglés, Mr. Rich, quien extractando lo que convenía, pu-

blicó la *Bibliografía americana del siglo 18*, y que de ese manuscrito se han sacado varias copias que corren en manos de los amigos de las letras. Al Ecuador no ha llegado ninguna que sepamos, y acaso ni ha tenido noticia de tal obra. ¡Nuestra incuria sigue adelante!

Amargos fueron los últimos días de Alcedo. La invasión de los franceses á la Península hizo que, por indisposición del general Filangieri, fuese colocado á la cabeza de la *Junta provincial* de la Coruña: portóse con tino y energía en tan graves conflictos: mas, después de la rota que padeció el general inglés Moore, y conocida la imposibilidad de defenderse, tuvo que capitular y capituló honrosamente, el 19 de Enero de 1809. Y decimos que capituló honrosamente, porque los historiadores Torenó (*Hist. de la Revol. de Esp.*) y Lafuente (*Hist. de Esp.*), lejos de haber hallado motivos de queja contra Alcedo por haber abierto las puertas de la ciudad á Soult, justifican su conducta y hablan de él con merecidos elogios. Ciertó que pudo volver á la Coruña cuando la desocuparon las tropas de Ney, pero un hombre con 73 años encima y los achaques que son consiguientes, no siendo un Tamerlan, no es el más apto para tales empresas.

La edad, los achaques y la pena que le produjo el no haber salido airoso en la defensa de la ciudad que le confiaran, le llevaron al sepulcro y murió en 1812. Alcedo

es el más ilustre de cuantos escritores ha producido el Ecuador, ya que es él quien ha alcanzado mayor reputación europea.—Quito, 6 de abril de 1862.

---

## PEDRO VICENTE MALDONADO

---

Entre los hombres que han dado lustre á su patria, y á quienes más les debe, figura en primer término don Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor, caballero de la Orden de Alcántara, y de doña María Palomino Flores, nacido en la ciudad de Riobamba en 1709. Habíase educado en el colegio de San Luis, y concluido el curso de filosofía se volvió á su techo, donde el buen ejemplo de su hermano don José, sacerdote de recomendables virtudes y de bastantes conocimientos en astronomía y geometría, y el de los Velascos, Villavicencios y Dávalos, cultivadores de las ciencias y artes, podían desenvolver precozmente las buenas disposiciones del estudiante, Aplicóse en efecto al estudio de las matemáticas y física, luego al de la astronomía y geógrafía, y provisto de estos conocimientos entró en el comercio del mundo, cuando ya podía emprender con provecho cualquier trabajo científico.

Hallábase por entonces olvidada y casi abandonada la provincia de Esmeraldas, como lo había sido al principio de la conquista, á pesar de su fama de muy rica en piedras preciosas y minerales de oro; pues, aun cuando tenía el nombre de *Gobierno de Atacames*, la verdad es que no había gobernantes ni tal gobierno. Tras el padre Esteban, el catequizador de los salvajes moradores de esa provincia, habían seguido sus pasos ó buscado otros Durango Delgadillo, Pérez Manacho, Justiniani y Soto Calderón, y encallado todos contra las dificultades que oponían los bosques y los ríos para la apertura de un camino que, desde Quito hasta Esmeraldas, proporcionase una vía más pronta y segura para el transporte de los frutos de las serranías para Panamá.

Maldonado, sin desalentarse por estos antecedentes, y contando con sus conocimientos, con las rentas de su hacienda, aunque bien corta, y con ese período de la vida que trascurre de los veinte á treinta años, despreciador de los peligros y acometedor de las más osadas empresas; cruza los Andes occidentales, é internándose por las selvas de la provincia y recorriéndola casi en todas direcciones, la observa, la inspecciona y traza y abre su camino después de seis años de trabajos y fatigas sin descanso. No contento con la obvención del «Gobierno de Atacames,» el premio ofrecido para el que abriera el camino, y sin atender á las sugerencias de la codicia, olvida sus intereses propios y se

pone á examinar el suelo, selvas y ríos que recorre, á medir las alturas y costas de la provincia, computar las distancias, observar los vientos, levantar un plano topográfico, arreglar unos pueblos, fundar otros, acopiar varios objetos pertenecientes á la historia natural, y recoger noticias acerca de las antigüedades de la comarca; y provisto de estos materiales con que piensa enriquecer á su patria, se vuelve á Quito para darlos á la estampa. Encuentra, á su vuelta, á los académicos franceses, y amistándose íntimamente con ellos, recoge con avidez las observaciones geográficas hechas en otros puntos de la presidencia por los señores Berguín, Bouguer, la Condamine y d' Anville, se sirve de sus instrumentos, observa, se consulta, discute y forma desde entonces el proyecto de levantar el «Mapa del reino de Quito.»

Los muy justos deseos de hacer conocer sus trabajos y ver recompensados sus afanes por el gobierno, le determinan á pasar á Madrid, y bien por razones particulares ó por acabar sus observaciones astronómicas, resuélvese á viajar por la región oriental, la más desconocida de las nuestras, se descuelga por la rotura que abre el río *Baños* en el *Tungurahua*, visita la tierra de los *Canelos*, reconoce el *Bobonaza* y sus contornos, y zureando el largo y caudaloso *Pastaza* entra en el *Marañón*, la cabecera estupenda del oceánico *Amazonas*. Habíase comprometido con el señor de la Condamine á viajar en su compañía y reunirse con tal fin en alguno de los

pueblos asentados á orillas del gran río, y fue á esperarle en el de Laguna. La Condamine, que bajó al *Marañón* por el *Chinchipe*, se le incorporó el 19 de Julio de 1743, y siguieron juntos hasta el Pará. En el tránsito de Pevas para adelante fue Maldonado observando y apuntando las variaciones del curso del río, por encargo de la Condamine, quien las apreció debidamente por la exactitud del desempeño.

Llegados á Pará, donde se detuvieron algo más de dos meses, se separaron, partiendo la Condamine para la Guayana francesa, y Maldonado para Lisboa. De aquí pasó á Madrid, donde hizo imprimir la *Relación* de sus servicios relativos á la apertura del camino de Esmeraldas, y á la utilidad y ventajas de poner á la presidencia en comercio con Panamá. El mérito de los servicios prestados, y su claro entendimiento y maneras cultas influyeron poderosamente en el ánimo de los consejeros de la L. M. C., y obtuvo para su hermano mayor, don Ramón, el marquesado de Lises, y para él la confirmación del gobierno de Atacames, durante dos generaciones con cuatro mil seiscientos pesos de renta, pagaderos del producto de la aduana del nuevo puerto, la insignia de la *Llave de oro* y el título de *Gentil hombre de L. M.*, con los honores y recompensas que le son concernientes.

A fines de 1746 pasó á París, y muy luego fue presentado por el señor de la Condamine á la academia de ciencias, donde, se-  
en-

tándose entre los sabios, escuchó sus discusiones y mereció la honra de ser contado entre sus corresponsales. Después visitó á Holanda, y es de creer que á su regreso á Paris mandó grabar el *Mapa del Reino de Quito*, bajo la inspección del señor d' Anville; monumento que, elevando su fama á una altura que no podía esperarse de un americano de entonces, constituye el orgullo de su patria, y hace que hablemos de él con gratitud y respeto. Humboldt, juez competente en la materia, dice: "A excepción de los mapas de Egipto y de algunas partes de las Grandes Indias, la obra más cabal que se conoce respecto de las posiciones ultramarinas de los europeos, es sin duda el *Mapa del Reino de Quito* hecho por Maldonado." El ha servido de base efectivamente para la formación de cuantas cartas se han elevado posteriormente, y consideramos el tiempo en que se trabajó y la imperfección de los instrumentos de que se servían aun los mismos sabios de Europa, debemos tenerlo como cabal. Adolece, es cierto, de algunos vacíos, y adolece de yerros en cuanto á las costas, principalmente por haberlas extendido hacia el mar á vuelta de medio grado longitudinal; pero quien haya visto y examinado las cartas antiguas, y aun la de los jesuitas Brentano y Torres, se convecera del mérito que tiene Maldonado.

Creemos también que, durante la misma temporada recogió y empaquetó en dos cajones unos cuantos dibujos modelos de máquinas y varios instrumentos, destinados a

diversos oficios mecánicos, de que hablan el presbítero Velasco y la Condamine, con el objeto de introducir en su patria el gusto por las ciencias y artes; proyecto que, á juicio del último, ninguno podía realizarlo con mayor provecho que Maldonado, porque su *pasión por instruirse*, dice, *abarca todos los ramos del saber, y su facilidad de concebir suplía á la imposibilidad en que habia vivido de poder cultivarlos desde sus primeros años.*

Maldonado quiso conocer la tan industriosa y afamada ciudad de Londres, donde pensaba adquirir otros conocimientos. Este noble pero mal inspirado deseo, unido á su insaciable curiosidad, fue para la patria el que la privó de las producciones posteriores de su ingenio, del sostén de ese camino de Esmeraldas, cegado á poco tiempo por la feracidad del suelo, y tan suspirado hasta ahora mismo, y del vuelo que naturalmente habrían tomado las ciencias y artes entre nuestros padres, estimulados con la presencia, afanes y ejemplo de su sabio compatriota. Atravesó pues, el canal de la Mancha por Agosto de 1747, y poco tiempo después que llegó á Londres estaba ya conexionado con los hombres de cuenta de la *Sociedad Real*, á la que fue incorporado como miembro bajo la presidencia del señor Folkes. Las pretensiones de un pobre colono de las Indias no podían subir á más, ni su amor propio aspirar á otra satisfacción que á la de hacerse digno de haber sido inscrito en el registro de los sabios. ¡Ay! en este punto culminante de

su vida, una fiebre alevosa, tenida y despreciada como pasajera, tomó incremento en breve, y ni la juventud, ni la fuerza de su constitución ni el arte ni cuidados del famoso médico Mead pudieron librarle de la muerte que le arrebató el 17 de Noviembre de 1748, cuando apenas frisaba con los cuarenta años de edad. Los señores Folkes, Watson, Colebrooke y Montaudoin miembros de aquel ilustre cuerpo, no se cansaron de darle las mejores muestras de estimación é interés por salvarle; y el último, cuyos afectos por el enfermo le mantuvieron día y noche al lado de su cama, fue quien recogió el último suspiro.

Estos amigos, sin embargo de que pertenecían á otra comunión distinta de la católica, le proporcionaron cuantos auxilios espirituales había recibido en su patria, y no tuvo por qué sentir cosa alguna á este respecto. Cuantos hombres distinguidos le conocieron en España, Portugal, Francia, Holanda é Inglaterra fueron sus amigos, y, para el completo de su fama, la academia de ciencias de París, sintiendo la pérdida de un correspondal de la suposición de Maldonado, mandó que el historiador de ella rindiese homenaje á la memoria de nuestro compatriota.

Ved ahora lo que el sabio Caldas decía de Maldonado en el «Semanario de la Nueva Granada», en Diciembre de 1807: «Maldonado, este ilustre quiteño, después de abrirse un paso por los Andes al océano, después de haber puesto los fundamentos al gobier-

no de Esmeraldas, «Pastaza» y «Marañón», levantó la carta de la provincia de Quito, el más bello monumento de la ilustración y patriotismo. La muerte le detuvo en la mitad de su carrera. ¡Ah! jamás lloraremos dignamente la pérdida de este hombre grande que proyectaba nuestra felicidad. Si conocemos una parte de sus acciones, la debemos á una pluma extranjera. ¡Ingratos! casi hemos olvidado su memoria. Las más célebres academias de Europa han pronunciado sus elogios, y sus compatriotas apenas le conocen. El quiteño se afana por pasar á la prosperidad el nombre de un juez que le compuso una calle, y ha olvidado erigir un monumento al nombre más grande que ha producido ese suelo. El elogio histórico de este geógrafo debía muy bien ocupar los talentos de sus conciudadanos».

En otra parte de la misma obra dice: «He visto la gran carta del ilustre Maldonado. Es sin contradicción el más bello trozo de nuestra geografía y el sólido monumento de la gloria de este americano. No puedo acordarme de Maldonado, no puedo ver el olvido en que le tienen sus paisanos sin conmovirme. Un genio que supera las luces de su patria, que se distingue de todos sus compatriotas por su saber, que recorre las extremidades de su país, rompe nuevos caminos, navega, observa, mide, forma la carta de Quito; que toma parte en los trabajos astronómicos de la Condamine, que va á Europa, á quien las academias mas célebres abren sus puer-

tas; que recorre España, Portugal, Francia, Holanda; que acopia libros, instrumentos, diseños; que quiere connaturalizar las ciencias y las artes en su patria: este genio original y raro no tiene un monumento en el seno de su patria ingrata, indigna de contener sus cenizas. Si: la de Newton le arrebató esta gloria á Quito, y se apropió los despojos de este ilustre americano. Un país en que las ciencias son despreciadas (téngase presente que escribía en 1801, seis años antes de haberse publicado el *Semanario*) no debe contener el monumento de un filósofo. Ilustre Maldonado, recibid esta memoria que hace un paisano admirador de vuestro mérito; perdonad la indiferencia de vuestra patria; no está en estado de conocerlos.»

El Ecuador, fuera del Mapa, cuyas planchas se entregaron en París al embajador de España, no posee ninguna otra producción literaria de Maldonado, y es de creer que sus informes relativos á los descubrimientos que hizo en Esmeraldas, navegaciones de sus ríos y producciones vegetales y minerales, fueron á parar en la Península. En la "Gaceta del Ecuador", Núm. 588, se publicó un "Informe" como parto de Maldonado; pero fue un error, porque lo es de don Juan José Astorga y Valle según lo hemos visto en los *Autos* originales.

---

# CARTAS

---

Cuenca, Enero 13 de 1892.

Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos

Quito.

Muy apreciado Señor y amigo:

Mucho deseaba recibir carta de Ud., después que hubiese terminado la lectura de mi refutación al P. Berthe. Ningún voto más concienzudo y respetable que el de Ud., tanto por ser el *padre de nuestra historia política*, cuanto por el perfecto conocimiento que tiene de nuestros hombres públicos y de nuestra historia contemporánea, da al testimonio de Ud. el sello de un fallo inapelable.

De nuestros escritores públicos, tan fecundos en invectivas políticas y agrias recriminaciones, ninguno, á excepción del Dr. Luis Cordero, ha escrito un juicio crítico sobre mi libro, á pesar de que la circunstancia de ser escrito para defender la honra Nacional, no sólo la propia, debía causar en todos los hombres de buen sentido la misma grata impresión que ha causado en Ud. Por esto, me tomo la libertad de pedirle permiso para publicar su carta, como lo voy á hacer con otra, *anónima*, firmada por un ecuatoriano, que me han escrito de Guayaquil.



Ud. no ha de saber, que, de la obra del P. Berthe, se han hecho cinco ediciones en París y se han formado tres compendios. De la última de esas ediciones, no en un tomo, sino en dos, se han tirado *veinte mil ejemplares!* Mientras tanto, en nuestro querido Ecuador, tierra tan amada por Ud., no ha habido un sólo escritor que volviera por los fueros de la Patria, cuyo nombre está por los suelos entre los sabios y literatos de Francia, á causa del *famoso libelo* del P. Berthe.

Mucho siento que su actual enfermedad le prive de la lectura, y que no pueda consagrarse á ella como en otros tiempos; pero, con su ceguera y todo, deseo que viva Ud. muchos años para honra de la Patria y para satisfacción de sus amigos, entre los cuales cuenta su muy atento y obsecuente S. S.

A. BORRERO.

---

Ambato, Junio 22 de 1890.

Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos

Quito.

Mi respetado padrino:

Ni el escritor, ni el ahijado, sino el ecuatoriano agradecido, fue quien dictó, para "El Siglo XIX," aquellas cuatro palabras por las cuales se me muestra Ud. tan reconocido, en la apreciable carta con que se ha servido honrarme, y que le correspondo con la más viva satisfacción.

Cargo de conciencia se me hacía no llevar mi pequeño óbolo de respeto y amor al Padre de la Historia Ecuatoriana, al distinguidísimo ambateño que ha vivido por la Patria la mejor parte de su vida, consagrándola todos los esfuerzos de su voluntad y de su claro talento y formando lo que cabalmente la Patria más necesitaba—el monumento de su pasado, como punto de partida para que las presentes y futuras generaciones, no se extravíen en el alborotado mar de las pasiones políticas.

He sido el último en presentar á Ud. el humilde tributo de admiración y respeto; alégame por ello, porque si hubiese sido de los primeros, nada digno de Ud. habría salido de mi pluma; como quiera que, en el unísono concierto de aplausos que Ud. ha recibido en toda la América y aún en España, la débil voz de un pobre ciego, habría sido nota discordante ó perdida en el vacío.

La diferencia de opiniones, no han podido por manera alguna alterar mis sentimientos de amor y gratitud hacia Ud.: me rindo ante el mérito, dondequiera que lo reconozca; y en tratándose de un hombre ilustre, de un egregio americano como Ud., mucha ceguera fuera en mí no inclinarme respetuosamente ante él, sacrificando mi deber á disparates de tan poco momento, como son nuestras diferencias políticas. El abijado, antes que el radical; el ecuatoriano, antes que el libre pensador; entre Ud. y yo existe un parentesco espiritual, que mucho me honra, que lo considero como un timbre de gloria y que lo transmitiré á mis hijos, para que cuando ellos lean el nombre de Ud. grabado en nuestros anales, puedan decir con inocente orgullo: "Don Pedro Fermín Cevallos, el Herodoto ecuatoriano, fue padrino de pila de nuestro pobre padre".

Le agradezco de todo corazón por el obsequio que me hace de su interesantísimo "Resumen," y tan á tiempo me viene, cuanto que ya lo había pedido á Guayaquil. Tuve la primera edición, que me costó bien cara; pero la vendí por quince pesos, en fuerza de la necesidad que tenía de dinero durante los cuatro años de martirio á que me sujetó el gobierno de Caamaño. Vendí entonces mis más preciosos libros, mis queridos compañeros en todas las desgracias de mi vida.

Concluye Ud. su carta, mi querido padrino, compadeciéndome por mi ceguera, ahora que Ud. se halla experimentando lo que es esa vida de perpetua noche. Ciertamente al principio de mi desgracia, sufrí lo que no es decible; pero á poco volvió la se-

renidad á poseerme; el estudio de la filosofía y mis reflexiones, sobre la corta duración de los padecimientos humanos, levantaron mi espíritu á otras regiones, donde la luz es infinita y eterna; y así me tiene Ud. contento y tranquilo en medio de estas horribles negras noches que me rodean. Cuando el ciego llega á comprender la luz de ultratumba, sin duda que es muy feliz, si cabe llamar felicidad á esta dulce esperanza de una luz sin fin más allá de la vida.

Adiós, mi respetado padrino; reciba Ud. el homenaje de profundo amor y admiración de este pobre ciego.

J. B. VELA.

---

## FRAGMENTOS

DE CARTAS DEL SR. D. RUFINO JOSÉ CUERVO

---

París, Febrero 10 de 1885.

Yo conocía la edición anterior de la importantísima obra de Ud. sobre errores comunes que se cometen en el Ecuador en orden al lenguaje, y lo había estudiado y citado varias veces en otro librito mío del mismo género. También tuve el gusto hace algunos meses de enviar un ejemplar al Dr. Hugo Schuchardt, profesor en la Universidad de Graz, que es uno de los filólogos y lingüistas más eminentes de Europa y trabaja actualmente sobre las vicisitudes de la lengua castellana en América. Me tomo la libertad de indicar á Ud. que si Ud. juzgare conveniente obsequiarle con un ejemplar de la quinta edición, se lo estimará á Ud. grandemente, pues es persona amabilísima.

He leído con el mayor interés las selectas producciones que forman el primer tomo de las Memorias de la Academia Ecuatoriana, y veo con positi-

yo júbilo los esfuerzos que UU. hacen en pro de nuestra lengua y en general de los buenos estudios.

Espero el tomo 6.<sup>o</sup> del "Resumen de la Historia del Ecuador". El crédito de que goza la obra y el respeto que estoy acostumbrado á profesar á su sabio autor me tienen ya en grande expectación.

París, 5 de Noviembre de 1885.—Incluyo una cartica del Dr. Hugo Schuchardt, profesor de la Universidad de Groz, y una corta noticia del libro de Ud. publicada por el mismo. Es uno de los filólogos más insignes de Europa; ahora acaba el Instituto de Francia de adjudicarle el premio Volney, por una obra sobre la influencia de los dialectos italianos en el alemán que se habla en los puntos convecinos de Austria.

El Sr. Schuchardt desea que se coleccionen los cuentos de viejas, coplas populares, adivinanzas y demás cosas que aquí se solicitan con ansia por los *Folkloristas* (¡qué nombre tan revesado!). Si Ud. mismo ó algún amigo puede hacerlo, esté seguro que aquí será bien acogido. Lo que importa sobre todo es la fidelidad con que se recojan de boca del pueblo, en su mismo lenguaje, y aun con sus defectos de pronunciación: se desea una *reproducción fotográfica*.

París, 9 de Octubre de 1887. —No quiero dar á Ud. las gracias por su inestimable obsequio del primer tomo de la Historia del Ecuador sin decirle que ya he empezado á leer la obra, que ella me ha interesado vivamente, proporcionándome un verdadero placer, no sólo en cuanto al fondo sino por su estilo, elegantemente sencillo, y su castigado lenguaje. Así pues, no sólo quedo reconocido á Ud. por el afecto con que me hace el regalo sino también por el gusto y aprovechamiento con que lo estudio.

Ud. se queja de las erratas. Esta es, mi buen amigo, una de las grandes pesadillas de los autores: le sienta uno cruelmente y no puede salir de ella. A Ud. le queda el consuelo de quejarse del editor; yo

no tengo siquiera ése, para una que otra que se ha escapado, pues en esta su casa corregimos cada pliego del Diccionario como seis ó siete veces. Esto me hace temer que si han quedado errores para los cuales basta con tener ojos materiales, el número de aquellos que sólo descubre un buen entendimiento ó una buena erudición, sea mayor todavía. A los amigos, como Ud. toca el enseñar la corrección perdonando el desacerto.

---

París, 9 de Noviembre de 1888.—¿Cómo agradecerle los dos volúmenes del *Resumen*, que recibí al mismo tiempo? He admirado en ellos con íntimo júbilo las mismas condiciones que en el anterior, y me congratulo al ver el servicio incomparable que Ud. hace á nuestra América esclareciendo con tanta veracidad, erudición y elegancia la historia del Ecuador, con quien estoy ligado por tantos vínculos de afecto heredados y de propia adquisición.

---

Monaco, 6 de Diciembre de 1889.—No sabré ponderar á Ud. el placer que Ud. me ha proporcionado enviándome su retrato. Cuando considero que Ud. fue amigo de mi padre y que á mí toca heredar su afecto para con Ud., realzado en mí por este piadoso recuerdo no menos que vigorizado por el agradecimiento y la veneración, no sé decir á Ud. otra cosa sino que conservaré esta prenda con religioso esmero.

He leído con el más vivo interés el *Resumen*, admirando como antes en él las mismas cualidades de escritor ó historiador. Esta parte, en especial, tiene para mí una circunstancia que lo avalora, y es referirse á una época de que yo oí hablar como reciente, verse en ella nombres conocidos y personas que yo oí en mi casa paterna. Sobre todo ahí trata Ud. de mi padre, reconociendo la razón de sus procedimientos, cosa que no todos se hubieran atrevido á hacer en el Ecuador. Particularmente me ha interesado además este tomo, porque desde algunos años atrás estamos trabajando mi hermano Don At-

gel y yo una vida de nuestro padre, basada en su mayor parte en documentos y escritos inéditos, la cual no tardará mucho en publicarse; y por consiguiente hemos tenido que tratar con alguna extensión los sucesos relacionados con su misión al Ecuador.

París, 7 de Diciembre de 1890.—Me ha causado vivo pesar lo que Ud. me dice sobre el estado de su vista, y más que haya dejado Ud. por esta razón dos cargos que Ud. honraba. Al mismo tiempo gozo en lo íntimo de mi alma al contemplar la cristiana resignación con que Ud. acepta esta prueba cruel que le envía la Divina Providencia; confío que, conforme á sus caminos ordinarios, ella compensará esta pérdida con bienes más elevados. Ud. sabe mejor que yo que los que llamamos males lo son, no en sí mismos, sino por nuestra falta de conformidad, y así Ud. se ha aplicado el mejor, el único remedio.

El último tomo del *Resumen* corona dignamente la importantísima obra de Ud. Abundo completamente en la opinión de Ud. relativa á lo importante que es conocer los usos, costumbres é índole de los pueblos, y no dudo dar con Ud. la preferencia á este conocimiento al de los capitanes, estadistas, y revolucionarios, que de ordinario más han hecho derramar lágrimas que merecido bendiciones de la posteridad.

Brumen, 24 de Agosto de 1892. — Esta cartica le servirá á Ud. de testimonio de que los dos tomos del Diccionario le fueron de parte de los autores en prueba de respetuoso afecto al amigo y de veneración al sabio. Recibí la obra del Sr. Mera, que he leído con vivo interés. Siempre he sido grande aficionado del autor, y yo agradecería á Ud. le manifestase estas mis simpatías personales y literarias. Los principios que desenvuelve tan atinadamente en el prólogo, son en sustancia los míos, aunque acaso pudiéramos disentir en algo por lo que hace á la aplicación. En la literatura de una misma lengua cabe la diversidad en el colorido y en ciertos accidentes, correspondien-

do al arte é ingenio de cada escritor consagrar en formas imperecederas su modo de ver, sentir y expresarse. Sean testigos grandes escritores griegos de distintas comarcas y dialectos. Mientras los americanos estemos aguardando el último librito que venga de Europa para imitarle, nada haremos bueno.

París, 25 de Diciembre de 1892.—Había recibido con la primera carta de Ud. *La Virgen del Sol*, bello poema del Sr. Mera, y de aquel como de la antigua simpatía que profeso á su autor decía á Ud. algo en la mala venturada carta que se extravió. Acabo de recibir otro ejemplar junto con *Cumandá*, que ansiaba conocer después de los autorizados elogios que de la novela he leído. Al mismo tiempo vino á mis manos con fina dedicatoria del Sr. Mera la correspondencia de Olmedo con el Dr. Araujo. Me propongo escribir á este señor por el correo de principios de Enero, para manifestarle mi agradecimiento y admiración.



